

# **NOCHE DE DIFUNTOS DEL 38**

**MANUEL MARTÍN**

DOLMEN  
EDITORIAL

## —UN SOLDADO CUALQUIERA—

Llegado a aquel punto de su huida nocturna, el aumento de la pendiente obligó al soldado Elías Sabater a lanzarse sobre el suelo de roca y trepar a cuatro patas, a oscuras, sin disminuir la velocidad, huyendo barranco arriba como un lobo espantado, hasta alcanzar un saliente de donde quedó colgado con los pies balanceándose sobre la profunda garganta que encerraba al río Canaletas.

La correa de su fusil, colgado en bandolera a la espalda, le estrangulaba el cuello y se le pasó por la cabeza dejarlo caer barranco abajo. ¿De qué demonios le servía ahora? Pero en el caso de que lograrse escapar al infierno en que se había convertido aquella noche, si conseguía volver junto a sus compañeros, el capitán lo mandaría fusilar por abandonar su arma sin atender a sus fantasiosas explicaciones.

Además, apreciaba aquel máuser checo. Formaba parte de él, como sus brazos y sus piernas, desde el día de agosto, sólo dos meses atrás, en que un brigadista galés se lo había regalado antes de ser repatriado en base a no se sabía bien qué acuerdo internacional.

Aquel fusil, aquella extremidad adquirida, le había salvado la vida en muchas ocasiones. Todas y cada una de las veces en que un moro o un legionario se había abalanzado sobre su trinchera, con un solo disparo del máuser le había bastado para cargarse al cabrón fascista.

Siempre, un solo disparo y el muerto ya no se levantaba.  
Hasta aquella noche.

Colgaba del saliente, las piernas tanteando el aire, buscando un apoyo para impulsarse, con la mano derecha clavada en la

tierra seca sobre la pared de roca. La otra mano, estirada, quería alcanzar un matojo marchito que brotaba entre dos piedras a su izquierda.

Más allá del saliente, a escasos cinco metros, desde la cima de la barranca sopló una bocanada de viento fresco de octubre que le arrebató la gorrilla roja y negra.

Sorprendido, giró la cabeza y la vio caer a la oscuridad de la garganta con las tiras de la borlilla aleteando. Se preguntó si esa caída le mataría. Ojalá que así fuese. Cualquier cosa antes que caer en *sus* manos.

No había podido ayudar a sus compañeros; las balas no los detenían.

Al sargento Robles le arrancaron la cara a mordiscos. Pitu Armengol le suplicó que lo matara mientras dos de ellos le comían los brazos. El terror le venció y corrió hasta cruzar el charco de río y alcanzar la otra orilla, hasta la escarpada pendiente que *ellos*, con sus pasos torpes y sus brazos descoordinados, no sabían trepar.

Se impulsó con un profundo gemido. El matojo seco a su izquierda aguantó y su mano derecha se clavó en el suelo hasta que los dedos sangraron bajo las uñas. Superado el saliente, se arrastró para alcanzar la cima.

Rodó por ella hasta reposar la espalda sobre un estrecho camino de tierra. Tiró del fusil para que subiera los últimos centímetros y apuntó con él a la oscuridad del sendero. La pista de tierra subía desde el río por un camino de curvas menos directo que la ruta que él había utilizado.

No podía detenerse allí.

Avanzó agachado, como le habían enseñado en la semana escasa de instrucción. Encorvado ofrecía un blanco menos claro y es que, aunque con su enemigo actual eso no importase mucho, Elías tampoco quería que un disparo enemigo o amigo le volase la cabeza, ahora que estaba tan cerca de escapar. En contra de lo que habría hecho en cualquier situación normal, se dirigió decidido hacia las explosiones y los disparos lejanos, con su fusil apuntando a la oscuridad. Tenía tantas opciones de ir a parar a las líneas propias como a las enemigas. Pero lo que venía detrás era muchísimo peor.

El olor le alcanzó de golpe. El cansancio de la subida y el terror por lo que había visto hacían que respirara de forma irregular. De cuando en cuando se acordaba de coger aire y lo aspiraba de golpe. No era consciente de cuánto había pasado desde su última respiración, pero en la siguiente bocanada el aire que aspiró no fue el limpio y fresco de la sierra en una noche de octubre, libre de la pólvora y la tierra levantada por las explosiones que había tragado durante las últimas semanas.

El aire, agrio y podrido, se le instaló en la garganta y le provocó arcadas vacías de alimento.

Se tapó la nariz por instinto, y aun así, el olor se filtró por sus fosas nasales hasta su cabeza, extendiéndose a todo su cuerpo. Las tripas se le retorcieron y sus piernas suplicaron que se detuviera, pero el olor le había hipnotizado y avanzó directo hacia él.

Desde lejos no parecía haber nada junto al sendero. En cambio, al acercarse, en un lateral de la pista se abrió una franja entre el camino de tierra y una suave elevación contigua. A la escasa luz del estrecho filo de luna, aquella franja podría haber aparecido de repente en el suelo de tierra.

Elías se acercó despacio para asomarse a su interior. El olor podrido, picante, le atacó a los ojos, haciéndolos lagrimar irritados. Junto a la poca luz, la irritación no le dejaba enfocar, pero, poco a poco, vio qué era lo que provocaba aquel nauseabundo aire.

La franja estaba repleta de cuerpos muertos.

Algunos eran más o menos recientes, aunque ya los rostros estaban ennegrecidos y los insectos les habían devorado los ojos. Pero otros, la mayoría, formaban una masa de carne y hueso, de miembros sueltos y troncos, antes humanos, que se habían inflado hasta estallar por la podredumbre de los gases de la muerte física.

Vio soldados de ambos bandos, distinguibles sólo por los restos de sus uniformes. Todos ellos habrían acabado en aquella tumba abierta durante alguno de los múltiples enfrentamientos producidos desde julio en aquellas sierras. Todos ellos formarían parte de unidades desaparecidas en combate, sólo porque nadie había tenido a bien volver a combatir junto a aquella pista

de tierra o, quizás, porque sus compañeros habían estado demasiado ocupados como para recuperar sus cuerpos.

Elías retrocedió sin poder apartar la mirada de aquella franja que se había abierto en el infierno, entre la pista de tierra y la pendiente, para mostrarle el destino de los condenados.

Sacudió la cabeza y corrió camino adelante, olvidando toda precaución, escapando de los muertos de aquella zanja y de los que le venían siguiendo desde el río.

A pocos metros oyó pasos en el camino y se lanzó tras unos matorrales. Oteó el sendero desde su refugio. No había duda, alguien se acercaba. Pero, ¿serían de los suyos? ¿O serían fascistas? ¿Acaso importaba? Sólo quería escapar de allí. Incluso estaba dispuesto a desertar, en el caso de que los que se acercaban fueran nacionales.

Pero Elías no tenía suerte aquella noche. Sólo alcanzó a ver bien al primer soldado del grupo que se acercaba y ya fue suficiente. Salió de su escondite y corrió de regreso por donde había venido, con la imagen grabada en la retina de un soldado de uniforme republicano que caminaba hacia él con sólo medio rostro.

Pasó de nuevo corriendo junto a la zanja, pero a los pocos metros frenó en seco. Por la senda que ascendía haciendo curvas desde el río llegaron hasta él más sonidos. Esta vez ni siquiera tuvo dudas cuando escuchó con claridad los gemidos sin vida y el golpeteo monótono de la carne muerta contra el camino.

Por el otro extremo de la pista se acercaba el otro grupo, acorralándolo. Y a ambos lados del camino las pendientes no eran lo bastante escarpadas como para que los muertos no le vieran, evitando así que se lanzaran a por su carne.

Sólo existía un lugar donde esconderse.

Elías se cubrió la nariz y la boca con una mano, apretándolas con fuerza, y se acercó a la zanja.

Apartó con el fusil uno de los cuerpos, que se abrió escupiendo una nube de gas agrio y pestilente. Los gemidos se acercaban. El terror superó al asco y Elías, abriéndose paso con el fusil, introdujo primero un pie y luego el otro entre los cadáveres, dando un paso más hacia el infierno.

Cuando ya estaba rodeado de carne muerta hasta la cintura, agarró el cadáver que parecía más sólido y se cubrió con él, como un niño asustado bajo una manta, de manera que pudiera vigilar una parte del camino por el espacio entre el brazo derecho y el cuerpo del muerto.

La sangre le latía en la cabeza con tal fuerza que creyó que el cerebro le iba a estallar. Su respiración sonaba tan agitada que estaba convencido de que los muertos del camino vendrían directos a por él.

Por el hueco entre el brazo y el cuerpo del cadáver veía parte del camino y, al fondo, un pino, chamuscado por alguna explosión de los días previos. Ante el pino apareció el soldado al que le faltaba media cara, seguido por tres hombres —¿hombres?— más.

Por el otro extremo llegó el primer grupo. Desde su escondite, Elías sólo alcanzaba a contemplar sus espaldas. A uno de ellos lo habían atravesado con dos balazos que permitían ver a través de su cuerpo, a la altura de la columna y de los riñones.

Los dos grupos se encontraron en el escenario enmarcado entre el brazo y el cuerpo del cadáver. Se gimieron, un par de ellos incluso chocaron, pero no parecieron hacerse caso. Durante interminables segundos que bien pudieron ser horas, trastabillaron y arrastraron las piernas en aquella estrecha franja de tierra, como si hubieran perdido su camino. Entonces, el muerto al que le faltaba media cara siguió sendero adelante, y los otros, poniéndose casi en fila, fueron detrás de él.

Elías, que había permanecido paralizado en todo momento, recordó que debía seguir respirando. Sintió los ojos húmedos y se dio cuenta de que había llorado.

Esperó a que hubiera pasado un buen rato y, tras asegurarse de que no se escuchaban más gemidos, recuperó su fusil, fijo entre la masa de carne que le rodeaba. Aprovecharía para salir corriendo en dirección contraria a los muertos y plantarse a toda prisa en medio del campo de batalla, para que alguien lo aprisionara y lo sacara de allí.

Se impulsó con cuidado de no reventar ninguno de aquellos cadáveres y liberó los brazos y la cabeza de entre los muertos de la zanja. Tiró de su pierna derecha que le siguió sin proble-

mas, pero cuando la izquierda se negó a seguirle, se dio cuenta de que se le había enganchado. Tiró una vez más con fuerza, desesperado, gimiendo, preguntándose por qué le estaba pasando todo aquello.

La pierna no se soltaba, así que, tras dejar el fusil fuera de la zanja, introdujo su brazo derecho entre los cuerpos, apretando los dientes, cerrando los ojos, palpando pierna abajo hasta alcanzar lo que impedía su huida.

A la altura del tobillo, a su pierna se había agarrado algo duro, un gancho que Elías palpó con precaución. Junto a ese contó dos más, pero hasta que Elías no palpó el cuarto, blando, con carne alrededor, no cayó en la cuenta de que estaba tocando los dedos esqueléticos de un muerto. Estiró la cabeza buscando aire fuera de la masa de cadáveres, maldijo y enganchó con fuerza la mano del cadáver para soltarla.

Pero la mano del cadáver también lo agarró a él.

Elías gritó, presa del pánico, olvidando toda precaución. La mano huesuda tiró de él, enterrándolo un poco más, haciendo que la masa de cadáveres se venciera sobre su rostro.

Hundió su otra mano y con la fuerza de las dos intentó librarse del cadáver, pero otra extremidad lo agarró por su pierna libre hundiéndolo un poco más. El pánico le venció cuando los cuerpos podridos cayeron en masa sobre su boca, cubrieron sus ojos, ahogaron su nariz, y Elías gritó aun más alto cuando, además de las manos que se lo llevaban hacia el infierno, sintió cómo los dientes se clavaban en su carne.

El fusil del soldado Elías Sabater quedó abandonado sobre una pista de tierra, junto a una franja llena de cadáveres, en una cota al lado del río Canaletas, al sur de la sierra de Pàndols.

Era la noche del 31 de octubre del año 1938.

Era la noche de difuntos.

## —INDICIOS—

A primera hora de la tarde, el teniente del ejército nacional Jan Lozano, al mando de la segunda compañía del Tercio de Requetés de Montserrat, inició el ataque, por la ladera derecha, a las posiciones republicanas en el cerro de San Marcos. Las otras dos compañías del Tercio abordaron la cumbre desde el centro y la izquierda, apoyadas por el fuego de la sección de ametralladoras.

Los rojos, que hasta dos días antes habían resistido como jabatos en aquel lado del Ebro, se replegaron en desbandada. Algunos de ellos todavía tuvieron arrestos de disparar contra la horda que se les venía encima, y una de aquellas balas sobrevoló la cabeza de Jan, a pocos centímetros por encima de la boina roja insignia del Tercio.

Jan se parapetó tras una roca gris punteada de hierba seca, clavada en medio de la subida. A su lado aterrizó el sargento Amorós. Sus ojos enloquecidos tardaron unos instantes en reconocer a su teniente. Una carcajada brotó de entre su barba manchada de tierra y le soltó un fuerte palmetazo a Jan en el hombro.

—*¡Per Déu i per Espanya!* —gritó, antes de salir al trote del refugio de piedra.

Jan cogió aire y corrió tras él. El fuego enemigo golpeteó el suelo a sus pies. El sargento escapó en una dirección y Jan en otra.

Se escondió tras una roca. Tiró del cerrojo del fusil, alzó el arma y disparó. Otro disparo se estrelló contra la roca que lo protegía. Otro tirón del cerrojo y un nuevo disparo.

Un soldado enemigo cayó de espaldas a unos diez metros de Jan.



Más allá, los restos de la tropa roja corrían hacia su retaguardia, descendiendo por el otro lado de la cota pelada. Algunos se detenían a disparar contra los asaltantes. Tiros a la desesperada, casi sin apuntar. Los demás ni siquiera eso.

Jan y sus hombres cargaban y disparaban, comiéndoles el terreno con rapidez. Jan derribó a otro enemigo. Cargó y volvió a disparar, sin pensar, empujado por la batalla y por los gritos de sus compañeros.

La bala salió de su fusil. El hombre al que había disparado corría desarmado, intentando escapar de una muerte segura.

Jan bajó el fusil, pero ya era tarde. El disparo golpeó al rojo en la espalda, a la derecha de la columna, y lo hizo caer, rodando un par de metros cuesta abajo.

Cuando Jan llegó junto a él, el soldado todavía respiraba. No era más que un crío. ¿Qué podía tener? ¿Diecisiete? Ni siquiera eso. Le miraba con los ojos encharcados y extendió su mano hacia él. Jan se la cogió con fuerza, mientras el niño se despedía de la vida antes de tiempo, con una lágrima despejando un ruego en la suciedad de su rostro.

El teniente Jan Lozano no disparó ni un solo tiro más en aquel combate. Alrededor, sus compañeros celebraban con disparos al aire la toma del cerro de San Marcos.

Jan se encontraba dirigiendo la consolidación de la posición tomada, ordenando la situación de los puestos de ametralladoras, cuando un enlace llegó a la carrera y le entregó un despacho del comandante Gavira.

El sargento Amorós apareció por detrás y le colocó un paquete de cigarrillos en el bolsillo de la camisa. Jan cogió el paquete y lo observó con sorpresa.

—¿Lucky?

—Se los he requisado a un internacional americano. No me mires así, el tipo me los ha dado de buena gana. Estaba feliz de no haber caído en manos de los moros; tú ya me entiendes. — Hizo el gesto de rebanarse el cuello con el pulgar y soltó una risotada.

—Tú sabes que no fumo.

Jan intentó devolver los cigarros, pero el sargento lo detuvo.

—Le he sacado dos paquetes, y ese es para ti. Haz con él lo que quieras: fúmatelos o véndelos. —Se fijó en el despacho que le habían entregado a Jan—. ¿En qué *merder* nos meten ahora?

—Sólo es un mensaje de Gavira. Quiere verme. —Se guardó los cigarrillos en el bolsillo del pantalón. Agradeció el regalo de su sargento con un guiño.

—Yo me encargo de organizar esto. —Amorós dirigió un vistazo descuidado a los dos soldados que manipulaban la ametralladora. Después repasó a Jan de arriba abajo y señaló el uniforme manchado de tierra—. ¿No pensarás ir a ver a tu tío con esas pintas? —soltó otra carcajada—, que ya sabemos cómo es.

Jan buscó refugio en la paridera que él, el sargento Amorós y un alférez habían tomado como alojamiento. Era una casucha inmunda que todavía apestaba a oveja, pero las paredes de piedra y el techo de tejas les protegerían de la intemperie durante las noches que tuvieran que pasar en aquella posición.

Tardó unos veinte minutos en afeitarse, con la ayuda de un espejito prestado por el alférez, y en cambiarse la muda por otra que conservaba limpia y doblada en su macuto.

Al sacar los bombachos de la bolsa ya notó que la cosa no andaba bien: el tacto de la tela era demasiado rígido. Los sacudió en el aire, para estirarlos, y vio que la pernera ancha estaba tiesa como un cartón. Recordó a la mujer del alcalde de un pueblecito de Extremadura donde habían acampado, una piadosa margarita de requetés que se empeñó en lavar el uniforme que aquel joven teniente atesoraba con tanto cariño en su macuto. La buena mujer le había metido tal cantidad de almidón a la prenda que, cuando Jan se la colocó, parecía más el payaso triste de un circo que un teniente de requetés bien vestido.

De cualquier manera, no tenía tiempo de adecentar el uniforme de campaña, así que se limitó a meter bien el fondo de los bombachos en las botas y, por encima de la camisa, se vistió con la guerrera y el tabardo. Tras meditar unos instantes, dejó el fusil en la esquina de la casucha que le había tocado en el reparto y se ató al cinto la cartuchera con la pistola Astra reglamentaria.

Se sentía ridículo preocupándose por ponerse de punta en blanco en lugar de permanecer junto a sus hermanos tras las

situaciones infernales que habían compartido en las últimas semanas.

Pero su tío, el comandante Gavira, le había mandado llamar. Y Jan sabía lo que le satisfacía al viejo que la soldadesca se le presentara con sus mejores galas. Tampoco costaba tanto darle el gusto. Al fin y al cabo, era su oficial al mando.

Y, además, ahora ya sólo se tenían el uno al otro.

Jan sacudió la cabeza. Tras todo lo que habían pasado en la familia los últimos dos años, merecía la pena un leve sacrificio con tal de hacer feliz a su tío durante un rato.

Rescató del fondo del macuto la boina roja de requeté que le regaló su tío al alistarse en el Tercio de Montserrat y sustituyó la roída y ennegrecida que había llevado durante los largos meses de combate.

Así vestido, se presentó impecable ante el enlace, que lo esperaba subido a la moto con sidecar que lo había traído hasta allí. Amorós le lanzó un silbido cuando lo vio pasar tan elegante y señaló con sorna los bombachos del teniente. Jan respondió con un gesto obscuro que provocó otra risotada del sargento.

—No tardaré —gritó desde el sidecar, mientras se calaba a fondo la gorra roja e indicaba al conductor que arrancara.

Amorós los despidió con la parodia de un saludo militar.

La noche caía con rapidez y, al poco de dejar atrás la posición, el piloto le informó de la necesidad de abandonar la pista de tierra por temor a que la artillería republicana pudiera localizarlos.

Dicho esto, aceleró a fondo y Jan tuvo que agarrarse con todas sus fuerzas al sidecar, sin quitarle ojo al leve enganche que mantenía unido su asiento al cuerpo de la motocicleta.

Siguieron un inexistente camino entre arbustos secos y troncos quemados, esquivando a oscuras y con el faro de la moto apagado los escasos árboles supervivientes al fuego de artillería.

Tras bordear el cerro del Águila, alcanzaron el puesto de mando secundario de la 74ª división del Ejército del Maestrazgo.

Se trataba de una posición en tres núcleos, el principal de los cuáles formaba las dependencias de mando, situadas en un búnker excavado en la tierra a los pies de la montaña. Junto a

él, un hospital de campaña, compuesto por tres vagones de un tren hospital descarrilado camino de la estación de Bot, trasladados hasta allí por el cuerpo de ingenieros y escondidos al abrigo de una cueva natural. Finalmente, un conjunto de postes de madera y lonas de camuflaje escondían a los vehículos encargados de transportar a los enfermos más graves hasta la retaguardia nacional.

El piloto lo descargó ante la entrada del búnker de mando: una serie de trincheras de cemento, bajo techo de hormigón, tomadas a los rojos hacía menos de un mes. En cuanto estuvo en pie, Jan se recolocó el uniforme de gala de su compañía, boina roja incluida, y se esmeró en limpiarse el barro de las botas y de los bombachos ante la mirada burlona del conductor.

—Ni una sola palabra —le advirtió, sin mucha seriedad en la voz.

El piloto amagó el consabido saludo militar.

—Le recogeré en dos horas, mi teniente.

Arrancó de nuevo la moto y dibujó un círculo a su alrededor para regresar por el camino que los había llevado hasta allí. Una nube de polvo ocultó durante unos segundos la partida del vehículo.

Por encima del pico que protegía el campamento, se vislumbraba a lo lejos el doble fulgor amarillo de la artillería: los disparos de los cañonazos primero, seguidos instantes después por las explosiones en el cielo nocturno. Aquella noche se seguía combatiendo sobre la sierra de Cavalls y también en el extremo norte de la sierra de Pàndols. Jan volvió la vista hacia su derecha y se sorprendió al comprobar la tranquilidad en el cielo sobre la parte sur de la sierra: ni una explosión ni estallido de luces despejaba la oscuridad nocturna por aquella zona. Una pequeña escuadrilla de tres o cuatro cazas cruzaba por allá, en aquel momento, con total tranquilidad.

Se dirigió a la entrada del búnker. Junto al soldado vigía, extremadamente firme y compuesto, un cabo se fumaba un pitillo con la espalda contra el muro de hormigón. El soldado se relamía de envidia y no apartó la mirada del cabo hasta que Jan llegó a su altura.

—Vengo a ver al comandante.

El cabo alzó una mano para evitar la respuesta del soldado vigía.

—Está reunido con el general Vigón. —Dio una calada al cigarrillo y expulsó el aire por encima de Jan. Este lo observó unos instantes, hasta que el cabo se sintió incómodo y tiró el cigarrillo con un carraspeo—. Quédese por aquí; le avisaré cuando esté libre.

El oficial descendió tres escalones y desapareció en el interior del búnker cementado, dejándole a solas con el vigía, que no sabía a dónde mirar.

Jan oteó los alrededores. En el campamento no se movía ni el aire. A medio camino entre el búnker de mando y el almacén de vehículos, un par de soldados reposaban a refugio de una chabola improvisada hecha de paredes de piedra y techo de maderos. Las cuatro piernas asomaban estiradas por la entrada de la improvisada construcción.

Fijó la mirada en el hospital de campaña. Al abrigo de la cueva no se distinguía con claridad el interior de los vagones.

—¿Muchos heridos? —le preguntó al soldado vigía.

—No ha sido un buen día, señor.

Jan se metió una mano en el bolsillo del pantalón y sacó un par de cigarrillos Lucky. Se los colocó en el bolsillo de la camisa al vigía y se dirigió al hospital.

—Gracias, mi teniente —el soldado sonaba como si le hubiera tocado rancho doble.

Jan se despidió con el brazo sin volverse.

La entrada a la cueva estaba a oscuras, al igual que el primero de los vagones. Se trataba de una cuestión de seguridad elemental: a menor señal lumínica, menores posibilidades de llamar la atención de la aviación roja. Los Katiuska rusos al servicio de la República eran escasos y, a estas alturas de la guerra, disponían de poco armamento, pero bastaba con una bomba bien dirigida para destrozar un puesto de mando o un hospital en vanguardia.

Cruzó el primer vagón a paso lento. Al final del furgón, en la puerta de entrada al siguiente, un candil de aceite colgado de un gancho en el marco iluminaba el acceso. Gracias a aquella

luz escasa y a que sus ojos ya se habían acostumbrado a la penumbra reinante, percibió los cuerpos tumbados a ambos lados del coche. Al prestar atención, escuchó cómo uno de ellos respiraba agitado. Los otros cuatro no: o ya no respiraban o, por desgracia, pronto dejarían de hacerlo.

El segundo vagón estaba algo más iluminado. Aparte del candil en la puerta de entrada y otro en el acceso al último vagón, dos cabos de vela alumbraban la mesilla a un lado de la estancia donde cuatro heridos jugaban a las cartas. Cuando Jan entró, todos se volvieron a mirarlo, pero básicamente sólo vieron su uniforme demasiado limpio. Uno incluso se rio abiertamente mientras señalaba, sin demasiado disimulo, los pantalones de payaso. Tras ellos, un practicante atendía al quinto paciente, tumbado este en un camastro. El enfermero fue el único que le saludó, aunque lo hizo en tono rutinario:

—Mi teniente.

Jan asintió con una mueca de agradecimiento. Los cuatro heridos que jugaban a las cartas volvieron a lo suyo. Jan se acercó a ellos, pero como ninguno le prestaba atención, se dirigió al sanitario que, en aquel momento, le cambiaba el vendaje al enfermo recostado en el lecho. Este apartó al camillero sin miramientos cuando reconoció a Jan.

—Joder, teniente Lozano, ¿qué pinta llevas!

El herido era un legionario con el que Jan había combatido junto al cementerio en Villalba de los Arcos, en el primer combate en que se vio envuelto su batallón tras su llegada al frente del Ebro. La primera de las dos ocasiones en que el Tercio de Montserrat quedaría casi deshecho en el escaso plazo de dos meses.

El legionario se levantó de un salto y golpeó el brazo de Jan a modo de saludo. El enfermero intentó detenerlo:

—No debería...

—Ya, ya —le ignoró el legionario. Fue a sentarse a una silla junto a los otros, al lado de la puerta de salida del vagón. Le hizo una seña a Jan para que lo siguiera. Como no había más asientos libres, Jan se acodó contra el marco de la puerta.

El enfermero se encogió de hombros y se pasó al primer vagón.

Jan no lograba recordar el nombre del legionario. ¿Montoya? ¿Moreno? Juraría que era algo con “M”. Teniendo en cuenta que aquel tipo lo había sacado a rastras de debajo de un muro derruido, al menos podría recordar cómo se llamaba. Sacudió la cabeza disgustado.

—¿Qué te ha sucedido? —le preguntó al legionario.

—La metralla de una bomba rojilla. —Se señaló los vendajes, algodón manchado de rojo, que le rodeaban el abdomen—. Entró por aquí, por el costado, y volvió a salir sin hacer mucho daño. ¿Tienes un cigarrillo?

Jan se puso muy serio.

—¿Estás seguro de que te conviene?

El legionario le miró todavía más serio. Jan se rio.

—Era broma, toma.

Le soltó dos de los cigarros Lucky americanos. Los miembros de la partida los miraron hipnotizados. Jan sacó los cinco cigarrillos que le quedaban en el paquete y los arrojó a la mesa. El más rápido de los heridos capturó dos. El resto se conformaron con uno por barba.

—Gracias, mi teniente —dijo uno de ellos.

El que se había reído antes agradeció el regalo con un gesto de la cabeza. Se quedó mirando a Jan. Este le aguantó la mirada.

—¿Quieres decirme algo? —le preguntó al fin al soldado, un cabo de regulares, como indicaba la insignia en la guerrera abierta. Un aparatoso vendaje le rodeaba la frente. Los dientes amarillos destacaban en su tez morena.

—Está usted muy elegante.

El resto de jugadores estallaron en una carcajada común. Jan sonrió y agradeció el cumplido con una leve inclinación de cabeza.

El legionario dio un manotazo en la mesa que hizo saltar las piedrecillas que usaban de monedas.

—Poco cachondeo con mi amigo. Si no es por él, se cargan a toda mi compañía en el cementerio de Villalba.

El sonriente se puso serio.

—Perdone, mi teniente, no pretendía ofender.

Jan sonrió y negó con la cabeza.

—Tranquilo. —Le puso una mano sobre el hombro al legionario—. Y tú no exageres.

—Yo nunca exagero. ¿Alguien va a darme cartas, coño? Y vamos a jugarnos esos cigarrillos.

El sonriente repartió cartas. Jan escrutó, a través de la oscuridad, la entrada al primer vagón, pero nadie apareció a buscarle. Por instinto, se dio la vuelta hacia el tercer vagón. Estaba tan oscuro como el primero y casi no se alcanzaba a ver los tres primeros camastros, todos ellos vacíos.

En la cuarta cama había un hombre. Le estaba mirando con atención.

Permanecía muy quieto, tumbado boca arriba. Al fijarse mejor, Jan se dio cuenta de que lo habían atado con correas por los brazos y las piernas a la camilla.

Jan cogió el tirador de la puerta que separaba los dos coches. El legionario le detuvo enganchándolo por el cinturón de la cartuchera.

—Mejor no entres ahí.

Jan le miró y luego miró de nuevo al otro vagón. El hombre atado seguía observándolo sin disimulo.

—¿Qué le sucede? —preguntó al legionario.

—Está loco —respondió el risueño en su lugar—. Y no me extraña. Lo raro es que no andemos todos con orinales por sombrero —se rio de forma exagerada.

Jan seguía con la mano en la puerta.

—Lo trajeron entre cuatro camilleros esta mañana —explicó el legionario—. Berreaba no sé qué sandeces sobre el infierno que nos iba a devorar a todos. Lo pusieron junto a un chaval de Lugo, un recambio novato al que le habían dado un tiro en la pierna. Una hora después se tuvieron que llevar al gallego, histerico de escuchar las locuras de ese. Tras el último transporte de heridos al hospital, alguien decidió que sería mejor aislarlo ahí. Todavía no saben qué hacer con él.

—Para mí que el jeta ese intenta que lo saquen de aquí haciéndose el tarado.

Jan abrió la puerta.

—Está atado, ¿qué va a hacerme? —dijo Jan. El legionario se encogió de hombros.

Jan entró al tercer vagón y cerró la puerta tras de sí.

La estancia estaba casi a oscuras. El paciente, atado con correas de cuero, de pies y manos, a la camilla, ya le miraba desde



antes de acceder al vagón y no le quitó ojo mientras se acercaba a él. Jan cogió el taburete de madera que debían de utilizar los sanitarios para examinar a sus pacientes y se sentó junto al camastro. El hombre allí tumbado no parpadeó ni dijo nada.

—¿Cómo te encuentras, soldado?

—No estoy loco, mi teniente —aunque su mirada crispada decía otra cosa.

Jan le sonrió, intentando no parecer condescendiente.

—Tranquilo. Todos lo hemos pasado mal. Yo no pude dormir durante tres noches tras mi primera vez en combate.

El hombre sacudió la cabeza.

—Yo ya llevo mucho en esto. Desde el principio. Córdoba, Brunete, Teruel... Ya estaba aquí cuando los rojos cruzaron el río. Pero esta vez es diferente.

—Lo sé. Llevamos semanas aquí, atascados...

El paciente se incorporó de súbito; todo lo que le permitían las correas en manos y piernas. Se encaró con Jan:

—¡Joder! ¡Eso ya no importa! —gritó—. ¡Estamos condenados! ¡Todos nosotros!

El estallido pilló por sorpresa a Jan, que se levantó de un salto. El taburete rodó por el suelo del vagón. Jan aprovechó que tenía que recogerlo para apartarse un metro del camastro.

En el otro vagón, el legionario hizo ademán de abrir la puerta. Jan lo detuvo con un gesto. El legionario asintió y los observó un segundo más antes de regresar a la partida de cartas.

El paciente parecía haberse tranquilizado tan rápido como se había excitado. Ya no miraba a Jan. En realidad, su mirada no apuntaba a un destino claro. Murmuró algo por lo bajo. “Infierno” fue la única palabra que Jan alcanzó a entender.

Colocó el taburete a una distancia prudencial del camastro. El paciente volvió a mirarlo. Su mirada se había aclarado de nuevo.

—¿Podría encender una luz, mi teniente? Ya no soporto la oscuridad.

Sus ojos señalaron un candil apagado que colgaba de la pared de madera del vagón, detrás de Jan. Este cogió una caja de cerillas de una mesilla auxiliar y con uno de los fósforos encendió la lámpara. La luz se extendió hasta aproximadamente

la mitad del vagón. Le había dado la espalda al paciente, que empezó a hablar en tono calmado:

—¿Ha venido a trasladarme? —el paciente sonó esperanzado.

Jan se volvió. Dejó las cerillas donde las había cogido y se sentó de nuevo en el taburete.

—Lo siento, esa no es mi misión.

El paciente suspiró al tiempo que se hundía en el camastro.

—Supongo que tampoco podría soltarme.

—Me temo que no. Seguro que mañana se pasa el médico. Procure calmarse hasta entonces.

El hombre quedó en silencio, con los ojos muy abiertos, fijos en Jan. Este esperó con paciencia a que el paciente se aviniera a seguir hablando. Lo hizo tras unos buenos segundos.

—Es usted requeté. Un carlista. Será usted religioso, ¿verdad?

—Así me han educado.

—¿Cree en el infierno? ¿En la condenación eterna?

Jan dudó y el hombre no le dio tiempo a responder.

—Yo de joven no pisaba la iglesia —siguió el herido—. Pero luego me casé, y mi Petra es muy piadosa. —Sus ojos se perdieron en algún recuerdo amable durante un instante; una breve sonrisa asomó en sus labios—. Iba con ella a misa cada domingo. Y el cura siempre hablaba de amar a nuestros semejantes.

Otra pausa. El hombre desvió la mirada hacia la parte en sombras del vagón. La cabeza de Jan luchaba por encontrar palabras de consuelo, sin éxito. El herido atado volvió a mirarle.

—Luego comenzó todo esto. Y el cura de la compañía nos decía que estaba bien matar a los enemigos de España y de Dios. Y yo le hice caso. —Sacudió la cabeza. Sus ojos se iluminaron de pronto y, por un instante, desapareció la expresión enloquecida de su rostro—. ¿Cree usted que a ojos de Dios es válido el arrepentimiento en el lecho de muerte?

Jan no se esperaba para nada aquella pregunta, pero esta vez logró reponerse y respondió al hombre antes de que este siguiera con sus desvaríos.

—Creo que tú ya estás arrepentido.

—¿Pero qué pasa con los soldados que mueren sin verlo venir? De un tiro o por la metralla de una explosión. Si han matado, ¿no irán al infierno?

El hombre se estaba excitando de nuevo. Había regresado a su mirada enloquecida.

—No debes pensar en eso ahora.

—Es verdad. Nada de eso importa ya. Todos nosotros estamos ya condenados.

Lo dijo con tal rotundidad que Jan no supo qué responder. En el fondo sentía que estaba de acuerdo con aquel loco. Todos allí eran unos asesinos. Ni en el mismo infierno podía haber más condenados que en aquel lado del Ebro.

El soldado herido volvió a callar, con la mirada fija ahora en el techo del vagón. No fue hasta pasados un par de minutos que se dirigió de nuevo a Jan.

—Esa misión suya, ¿ha de cumplirla por esta zona?

—En realidad no lo sé. Me han llamado para una reunión...

—Pues márchese cuanto antes. —El hombre se había medio incorporado de nuevo—. Hágalo antes de que los muertos vuelvan a levantarse.

Dicho esto, volvió a tumbarse, con los labios apretados, como arrepentido de sus palabras.

A Jan no le pareció que aquel hombre fingiera nada. Se veía que estaba asustado de veras, pero no se le ocurría qué podía decirle. A pesar de ello, intentó calmarlo.

—Estos meses han sido duros para todos. Yo llevo aquí desde finales de julio y las he visto de todos los colores. Tú llevas todavía más... Sólo necesitas descansar. Mira, quizás pueda hablar con tu médico para que te mande unos días a retaguardia.

—¡No estoy haciéndome el loco! ¡No busco que me manden a descansar unos días! He luchado en Teruel y en Segovia. No tengo miedo a los putos rojos. No me asustan los hombres que mueren cuando se les dispara.

Sus ojos se habían encendido y lo miraban de nuevo desencajados. Se agitó en el camastro con tal violencia que liberó su brazo derecho. Jan se apartó de un salto, tirando otra vez el taburete. El hombre no hizo ademán alguno de alcanzarlo. Sólo le apuntó con el índice.

—He matado a muchos hombres. Todos nosotros lo hemos hecho y vamos a pagarlo caro. El infierno ha mandado a sus muertos a por todos nosotros y no podemos defendernos de ellos.

La puerta del vagón se abrió y el camillero entró en estampida, seguido de cerca por el legionario. Entre los dos amarraron al paciente que ahora se había callado. Mantuvo los ojos fijos en Jan y una media sonrisa desquiciada en los labios mientras lo ataban de nuevo al lecho. Jan sintió otra presencia en la estancia. El soldado vigía miraba desde la puerta sin atreverse a cruzarla.

—El comandante le espera —anunció con un hilillo de voz. Tras entregar su mensaje, retrocedió para alejarse bien de prisa del loco.

Jan observó una última vez al paciente, de nuevo amarrado a su camastro; la mirada perdida sin solución. Luego siguió al soldado vigía fuera del vagón.